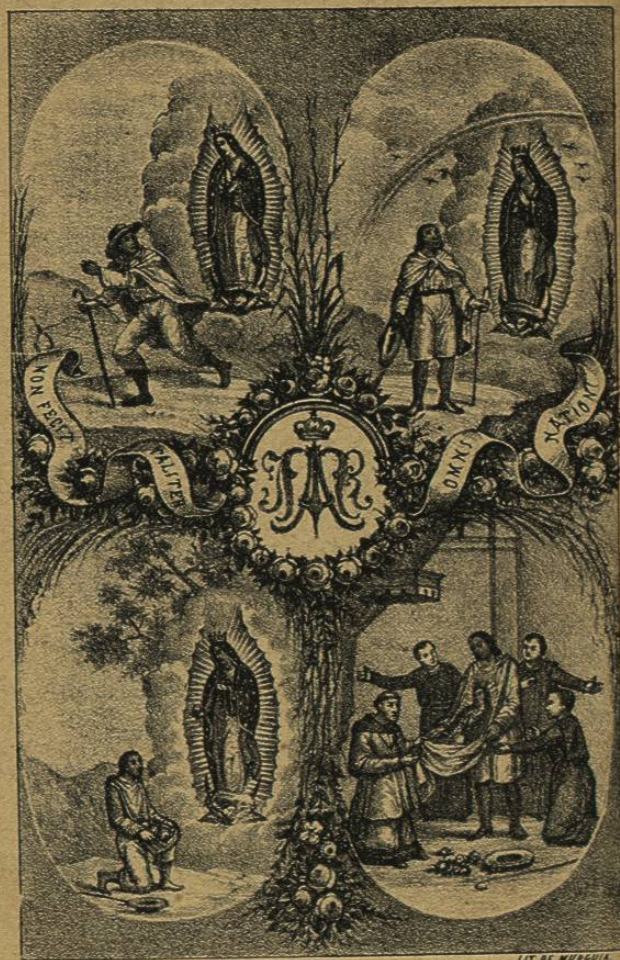


NON FECIT TALITER OMNI NATIONI.



Corriendo el año del nacimiento de Cristo Señor Nuestro de 1531, y del dominio de los españoles en esta ciudad de México, y su provincia de la Nueva España cumplidos diez años y casi cuatro meses; sábado muy de mañana, ántes de esclarecer la Aurora, á nueve días del mes de Diciembre, un indio plebeyo y pobre, humilde y cándido, de los recién convertidos á nuestra santa fé católica, el cual en el Santo bautismo se llamó *Juan*, y por sobrenombre *Diego*, natural, según fama, del pueblo de *Cuautitlan*, distante cuatro leguas de esta ciudad hácia la parte del Norte de la nacion mexicana, y casado con una india que se llamó *María Lucía*, de la misma calidad que su marido, venia del pueblo en que residia (dícese haber sido el de *Tolpetlac*, en que era vecino) al templo de Santiago el mayor, Patron de España, que es en barrio de *Tlatelolco*, doctrina de los religiosos del Señor San Francisco, á oír la misa de la Virgen María. Llegando, pues, al romper del alba, al pié de un cerro pequeño que se decia *Tepeyacac*, que significa *extremidad ó remate agudo de los cerros*, porque sobresalen á los demás montes que rodean el valle y laguna, en que yace la ciudad de México, y es el que más se le acerca; y el día de hoy se dice de Nuestra Señora de Guadalupe, por lo que se dirá despues de esto: oyó el indio en la

cumbre del cerrillo, y en una ceja de peñascos que se levanta sobre lo llano á orilla de la laguna, un canto dulce y sonoro, que segun dijo, le pareció de muchedumbre y variedad de pajarillos, que cantaban juntos con suavidad y armonía, respondiéndose á coro los unos á los otros con singular concierto, cuyos ecos reduplicaba y repetía el cerro alto, que se sublima sobre el montecillo; y alzando la vista al lugar, donde á su estimacion se formaba el canto, vió en él una nube blanca y resplandeciente, y en el contorno de ella un hermoso arco Iris de diversos colores, que se formaba de los rayos de una luz y claridad excesiva, que se mostraba en medio de la nube. Quedó el indio absorto y como fuera de sí en un suave arrobamiento, sin temor ni turbacion alguna, sintiendo dentro de su corazon un júbilo y alborozo inexplicable, de tal suerte, que dijo entre sí: *¿Qué será esto que oigo y veo? ó adónde he sido llevado? ¿Por ventura he sido trasladado al paraíso de deleites, que llamaban nuestros mayores origen de nuestra carne, jardín de flores, ó tierra celestial, oculta á los ojos de los hombres?* Estando en esta suspension y embelamiento, y habiendo cesado el canto, oyó que lo llamaban por su nombre *Juan*, con una voz como de mujer, dulce y delicada, que salía de los esplendores de aquella nube, y que le decían, que se acercase: subió á toda prisa la cuestecilla del collado, habiéndose aproximado.

PRIMERA APARICION.

Vió en medio de aquella claridad una hermosísima Señora, muy semejante á la que hoy se ve en su bendita imágen, conforme á las señas que dió el indio de palabra, ántes que se hu-

biera copiado, ni otro la hubiese visto: cuyo ropaje, dijo, *que brillaba tanto, que hiriendo sus esplendores en los peñascos brutos que se levantan sobre la cumbre del cerrillo, le parecieron piedras preciosas labradas y transparentes, y las hojas de los espinos y nopales, que allí nacen pequeños y desmedrados por la soledad del sitio, le parecieron manojos de finas esmeraldas, y sus brazos, troncos y espinas de oro bruñido y reluciente; y hasta el suelo de un corto llano que hay en aquella cumbre, le pareció de jaspe matizado de colores diferentes:* y hablándole aquella Señora con semblante apacible y halagüeño en idioma mexicano, le dijo: *—Hijo mio, Juan Diego, á quien amo tiernamente, como á pequeñito y delicado (que todo esto suena la locucion del lenguaje mexicano) adónde vas?*

Respondió el indio.

—Voy noble dueño y Señora mia, á México, y al barrio de Tlatelolco á oír la misa que nos muestran los ministros de Dios y sustitutos suyos.

Habiéndole oído María Santísima, le dijo así:

—Sábeta, hijo mio, muy querido, que soy yo la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios, Autor de la vida, Criador de todo, y Señor del cielo y de la tierra, que está en todas partes; y es mi deseo que se me labre un templo en este sitio, donde, como Madre piadosa tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa, y la compasion que tengo de los naturales, y de aquellos que me aman y buscan, y de todos los que solicitaren mi amparo, y me llamaren en sus trabajos y aflicciones; y donde oiré sus lágrimas y ruegos, para darles consuelo y alivio: y para que tenga efecto mi voluntad, has de ir á la ciudad de México, y al palacio del Obispo, que allí reside, á quien dirás que yo te envío, y como es gusto mio que me edifique un templo en este lugar; le referirás cuanto has visto y oído: y tén por cierto tú, que te agra-

deceré lo que por mí hicieres en esto que te encargo, y te afamaré y sublimaré por ello: ya has oído, hijo mio, mi deseo; vete en paz, y advierte que te pagare el trabajo y diligencia que pusieres: y así harás en esto todo el esfuerzo que pudieres.

Postrándose el indio en tierra le respondió:

—Ya voy, nobilísima Señora y dueño mio, á poner por obra tu mandato, como humilde siervo tuyo: quédate en buena hora.

Habiéndose despedido el indio con profunda reverencia, cogió la calzada que se encamina á la ciudad, bajada la cuesta del cerro que mira al Occidente. En ejecucion de lo prometido fué vía recta Juan Diego á la ciudad de México, que dista una legua de este paraje y montecillo, y entró en el palacio del Señor Obispo: era este el Ilustrísimo Señor Don Fray Juan de Zumárraga, primer Obispo de México. Habiendo entrado el indio en el palacio del Señor Obispo, comenzó á rogar á sus sirvientes que le avisasen para verle y hablarle: no le avisaron luego, ora porque era de mañana, ó porque le vieron pobre y humilde: obligáronle á esperar mucho tiempo, hasta que conmovidos de su tolerancia, le dieron entrada. Llegando á la presencia de su Señoría, hincado de rodillas, le dió su embajada, diciéndole: *que le enviaba la Madre de Dios, á quien habia visto y hablado aquella madrugada; y refirió todo cuanto habia visto y oído, segun que dejamos dicho. Oyó con admiracion lo que afirmaba el indio, extrañando un caso tan prodigioso: no hizo mucho aprecio del mensaje que llevó, ni le dió entera fé y crédito, juzgando que fuese imaginacion del indio, ó sueño; ó temiendo que fuese ilusion del demonio, por ser los naturales recién convertidos á nuestra sagrada religion: y aunque le hizo muchas preguntas acerca de lo que habia referido, y le halló constante; con todo le despidió, diciendo, que volviese de*

allí á algunos dias porque queria inquirir el negocio á que habia ido muy de raíz, y le oiria más despacio, por informarse de la calidad del mensajero y dar tiempo á la deliberacion. Salió el indio del palacio del Sr. Obispo muy triste y desconsolado, tanto por haber entendido que no se le habia dado entera fé y crédito, cuanto por no haber surtido efecto la voluntad de María Santísima, de quien era mensajero.

SEGUNDA APARICION.

Volvió Juan Diego este propio dia sobre tarde, puesto el sol, al pueblo en que vivia, y á lo que se presume por los rastros que de ello se han hallado, era el pueblo de *Tolpetlac* que cae á la vuelta del cerro más alto, y dista de él una legua, á la parte del Nordeste. *Tolpetlac* significa *lugar de esteras de espadaña*, porque sería en aquel tiempo única ocupacion de los indios vecinos de este pueblo el tejer esteras de esta planta. Habiendo, pues, llegado el indio á la cumbre del cerrillo, en que por la mañana habia visto y hablado á la vírgen María, halló que le aguardaba con la respuesta de su mensaje: así que la vió, postrándose en su acatamiento, le dijo:

—Niña mia, muy querida, mi Reina y altísima Señora, hice lo que mandaste; y aunque no tuve luego entrada á ver y hablar con el Obispo, hasta despues de mucho tiempo, habiéndole visto, le dí tu embajada en la forma que me ordenaste: oyóme apacible y con atencion; mas á lo que yo ví en él, y segun las preguntas que me hizo, colegí que no me habia dado crédito, porque me dijo que volviese otra vez, para inquirir de mí más despacio el negocio á que iba, y escudriñarlo muy de raíz. Presumió, que el templo que pides se te labre, es ficcion mia, ó antojo mio, y no voluntad tuya: y así te ruego, que

envíes para esto alguna persona noble y principal, digna de respeto, á quien deba darse crédito; porque ya ves, dueño mio, que soy un pobre villano, hombre humilde y plebeyo, y que no es para mí este negocio á que me envías: perdona, Reina mia, mi atrevimiento, si en algo he excedido á el decoro que se debe á tu grandeza; no sea que yo haya caido en tu indignacion, ó te haya sido desagradable con mi respuesta.

Oyó con benignidad María Santísima lo que le respondió el indio, y habiéndole oido, le dijo así:

—Oye, hijo mio muy amado, sábetete que no me faltan sirvientes, ni criados á quien mandar, porque tengo muchos que pudiera enviar, si quisiera, y que harian lo que les ordenase; mas conviene mucho que tú hagas este negocio y lo solicites, y por intervencion tuya ha de tener efecto mi voluntad y mi deseo, y así te ruego, hijo mio, y te ordeno, que vuelvas mañana á ver y hablar al obispo, y le digas que me labre el templo que le pido, y que quien te envía, es la Virgen María, Madre del Dios verdadero.

Respondió Juan Diego:

—No recibas disgusto, Reina y Señora mia, de lo que he dicho, porque iré de muy buena voluntad, y con todo mi corazon á obedecer tu mandato, y llevar tu mensaje, que no me escuso, ni tengo el camino por trabajo; mas quizá no seré acepto ni bien oido, ó ya que me oiga el Obispo, no me dará crédito; con todo, haré lo que me ordenas, y esperaré, Señora, mañana en la tarde en este lugar, al ponerse el sol, y te traeré la respuesta que me diere: y así queda en paz, alta niña mia, y Dios te guarde.

Despidióse el indio con profunda humildad y se fué á su pueblo y casa. No se sabe si dió noticia á su mujer ó á otra persona de lo que le habia sucedido, ó si confuso y avergonzado de que no se le hubiera dado crédito, no se atrevió á decirlo hasta ver el fin de este negocio.

En el dia siguiente, domingo diez de Diciembre, vino Juan al templo de Santiago *Tlatelolco* á oír misa, y asistir á la doctrina cristiana, y acabada la cuenta que acostumbraban los ministros evangélicos hacer de los feligreses naturales en cada parroquia, por sus barrios (que entonces era una sola, y muy dilatada la de Santiago *Tlatelolco*, que se dividió despues en otras cuando hubo copia de sacerdotes) volvió el indio al palacio del Señor Obispo, en obediencia del mandato de la Virgen María; y aunque le dilataron mucho tiempo los familiares del Señor Obispo el avisarle para que le oyese; habiendo entrado, humillado en su presencia, le dijo con lágrimas y gemidos, “cómo por segunda vez habia visto á la Madre de Dios en el propio lugar que la vió la vez primera; que le aguardaba con la respuesta del recado que le habia dado antes; y que de nuevo le habia mandado volver á su presencia á decirle, que le edificase un templo en aquel sitio que la habia visto y hablado; y que le certificase cómo era la Madre de Jesucristo la que lo enviaba, y la siempre Virgen María.”

Oyóle con mayor atencion el Señor Obispo, y empezó á moverse á darle crédito; y para certificarse más del hecho, le hizo diversas preguntas y repreguntas cerca de lo que afirmaba, amonestándole que viese muy bien lo que decia, y acerca de las señas que tenia la Señora que lo enviaba: y aunque por ellas reconoció que no podia ser sueño ni ficcion del indio; para asegurar mejor la certidumbre de este negocio, y que no pareciese liviandad el dar crédito á la relacion sencilla de un indio plebeyo y cándido, le dijo: “que no era bastante lo que le habia dicho, para poner luego por obra lo que pretendia; y que así le dijese á la Señora que lo enviaba, le diese algunas señas de donde coligiese que era

“la Madre de Dios la que lo enviaba, y que era “voluntad suya que se labrase templo.” Respondió el indio, “que viese cuál señal quería, para “que la pidiese.” Habiendo hecho reparo el Señor Obispo, que no había puesto escusa en pedir la señal el indio, ni dudado en ello, antes sin turbacion alguna había dicho, que escogiese la señal que le pareciese, llamó á dos personas, las de más confianza de su familia, y hablándoles en la lengua castellana, que no entendía el indio, les mandó que lo reconociesen muy bien, y que se aprestasen luego que lo despidiese, para ir en su seguimiento; y que sin perderlo de vista y sin que él sospechase que lo seguian, con cuidado fuesen en pos de él, hasta el lugar que había señalado, y en que afirmaba haber visto á la Virgen María; y que advirtiesen con quién hablaba, y le trajesen razon de todo cuanto viesen y entendiesen: hízose así conforme la órden del Señor Obispo. Despedido el indio de la presencia de Su Señoría, salieron los criados en su seguimiento, sin que él lo advirtiese, llevándole siempre á los ojos. Luego que Juan Diego llegó á una puente por donde se pasaba el rio, que por aquella parte, y casi al pié del cerrillo desagua en la laguna, que tiene aquesta ciudad al Oriente, desapareció el indio de la vista de los criados que lo seguian: y aunque lo buscaron con toda diligencia, habiendo registrado el cerrillo por una y otra parte, no lo hallaron: y teniéndole por embaidor y mentiroso ó hechicero, se volvieron despechados con él: y habiendo informado de todo al Señor Obispo, le pidieron que no le diese crédito, y que le castigase por el embeleco, si volviese.

TERCERA APARICION.

Luego que Juan (que iba por delante á una vista de los criados del Señor Obispo) llegó á la

cumbre del cerrillo, halló en él á María Santísima, que le aguardaba por segunda vez con la respuesta de su mensaje. Humillado el indio en su presencia le dijo: “cómo en cumplimiento de “su mandato, había vuelto al Palacio del Obispo “y le había dado su mensaje; y que despues de “varias preguntas y repreguntas que le había hecho, le dijo no era bastante su simple relacion, “para tomar resolucion en un negocio tan grave “y que te pidiese, Señora, una señal cierta, por “la cual conociese que me enviabas tú, y que era “voluntad tuya que se te edificase templo en este sitio.”

Agradecióle María Santísima el cuidado y diligencia con palabras cariñosas; y mandó que volviese el dia siguiente al mismo paraje, y que allí le daría señal cierta con que el Obispo le diese crédito: y despidióse el indio cortésmente, prometida la obediencia.

Pasó el dia siguiente, lunes once de Diciembre, sin que Juan Diego pudiese volver á poner en ejecucion lo que se le había ordenado, porque cuando llegó á su pueblo, halló enfermo á un tio suyo, llamado Juan Bernardino, á quien amaba entrañablemente, y tenia en lugar de padre, de un accidente grave, y con una fiebre maligna, que los naturales llaman *Cocoliztli*; y compadecido de él, ocupó la mayor parte del dia en ir en busca de un médico de los suyos, para que le aplicase algun remedio: y habiéndole conducido adonde estaba el enfermo, y héchosele algunas medicinas, se le agravó la enfermedad al doliente; y sintiéndose fatigado aquella noche, le rogó á su sobrino que tomase la madrugada antes que amaneciese, y fuese al convento de Santiago *Tlatelolco* á llamar á uno de los religiosos de él, para que le administrase los Santos Sacramentos de la Penitencia y Extrema Uncion, porque juzgaba que su enfermedad era mortal. Cogió Juan

Diego la madrugada del día martes doce de Diciembre, caminando á toda diligencia á llamar uno de los sacerdotes, y volver en su compañía por su guía: y así como empezó á esclarecer el día, habiendo llegado al sitio por donde habia de subir á la cumbre del montecillo, por la parte del Oriente, le vino á la memoria el no haber vuelto el día antecedente á obedecer el mandato de la Virgen María, como habia prometido; y le pareció, que si llegase al lugar en que la habia visto, habia de reprenderlo, por no haber vuelto, como le habia ordenado, y juzgando con su candidez, que cogiendo otra vereda, que seguia por lo bajo y falda del montecillo, no le veria ni detendria; y porque requeria prisa el negocio á que iba, y que desembarazado de este cuidado, podria volver á pedir la señal que habia de llevarle al Señor Obispo; hízolo así; y habiendo pasado el paraje, donde mana una fuentecilla de agua aluminosa, ya que iba á volver la falda del cerro, le salió al encuentro María Santísima.

CUARTA APARICION.

Vióla el indio bajar de la cumbre del cerro, para salirle al encuentro, rodeada de una nube blanca, y con la claridad que la vió la vez primera, y díjole:

—¿Adónde vas, hijo mio, y qué camino es el que has seguido?

Quedó el indio confuso, teneroso y avergonzado; y respondió con turbacion, postrado de rodillas:

—Niña mia muy amada, y Señora mia, Dios te guarde. ¿Cómo has amanecido? ¿Estás con salud? No tomes disgusto de lo que dijere. Sabe, dueño mio, que está enfermo de riesgo un siervo tuyo, y mi tío, de un accidente grave y mortal; y porque se vé muy fatigado, voy de prisa al templo de Tla-

tolco en la Ciudad, á llamar un sacerdote, para que venga á confesarle y olearle; que en fin nacimos todos sujetos á la muerte; y despues de haber hecho esta diligencia, volveré por este lugar á obedecer tu mandato. Perdóname, te ruego, Señora mia, y ten un poco de sufrimiento, que no me escuso de hacer lo que has mandado á este siervo tuyo, ni es disculpa fingida la que te doy, que mañana volveré sin falta.

Oyó María Santísima con semblante apacible la disculpa del indio, y le dijo de esta suerte:

—Oye, hijo mio, lo que te digo ahora: no te moleste ni aflija cosa alguna, ni temas enfermedad, ni otro accidente penoso, ni dolor. ¿No estoy aquí yo, que soy tu Madre? ¿No estás debajo de mi sombra y amparo? ¿No soy yo vida y salud? ¿No estás en mi regazo, y corres por mi cuenta? ¿Tienes necesidad de otra cosa? No tengas pena ni cuidado alguno de la enfermedad de tu tío, que no ha de morir de ese achaque; y ten por cierto que ya está sano.

Así que oyó Juan Diego estas razones, quedó tan consolado y satisfecho, que dijo:

—Pues envíame, Señora mia, á ver á el Obispo, y dame la señal que me dijiste para que me dé crédito.

Díjole María Santísima:

—Sube, hijo mio muy querido y tierno, á la cumbre del cerro en que me has visto y hablado, y corta las rosas que hallares allí, y recógelas en el regazo de tu capa, y tráelas á mi presencia, y te diré lo que has de hacer y decir.

Obedeció el indio sin réplica, no obstante que sabia de cierto que no habia flores en aquel lugar, por ser todo peñascos, y que no producía cosa alguna. Llegó á la cumbre, donde halló un hermoso vergel de rosas de castilla frescas, olorosas y con rocío; y poniéndose la manta ó tilma, como acostumbra los naturales, cortó cuantas rosas pudo abarcar en el regazo de ella, y llevólas á la presencia de la Virgen María, que

le aguardó al pié de un árbol, que llaman *Cuauzahualt* los indios, que es lo mismo que *árbol de telas de araña* ó *árbol ayuno*, el cual no produce fruto alguno, y es árbol silvestre, y solo da unas flores blancas á su tiempo; y aquí fué sin duda el lugar en que se hizo la pintura milagrosa de la bendita imágen (1); porque humillado el indio en la presencia de la Virgen María, le mostró las rosas que habia cortado; y cogiéndolas todas juntas la misma Señora, y aparándolas el indio en su manta, se las volvió á verter en el regazo de ella, y le dijo:

— *Ves aquí la señal que has de llevar al Obispo, y le dirás, que por señas de estas rosas, haga lo que le ordeno; y ten cuidado, hijo, con esto que te digo; y advierte que hago confianza de tí. No muestres á persona alguna en el camino lo que llevas, ni despliegues tu capa, sino en presencia del Obispo, y dile lo que te mandé hacer ahora: y con esto le pondrás ánimo para que ponga por obra mi Templo.*

Y dicho esto, le despidió la Virgen María. Quedó el indio muy alegre con la señal, porque entendió que tendría buen suceso, y surtiría efecto su embajada; y trayendo con gran tiento las rosas sin soltar alguna las venia mirando de rato en rato, gustando de su fragancia y hermosura.

APARICION DE LA IMAGEN.

Llegó Juan Diego con su postrer mensaje al palacio Episcopal; y habiendo rogado á varios sirvientes del Señor Obispo que le avisasen, no lo pudo conseguir por mucho espacio de tiempo, hasta que enfadados de sus importunaciones, advirtieron que abarcaba en su manta alguna

(1) En este lugar está hoy la capilla del Pocito.

cosa: quisieron registrarla, y aunque resistió lo posible á su curiosidad, con todo le hicieron descubrir con alguna escases lo que llevaba: viendo que eran rosas, intentaron cojer algunas viéndolas tan hermosas; y al aplicar las manos por tres veces, les pareció que no eran verdaderas, sino pintadas ó tejidas con arte en la manta.

Dieron los criados noticia de todo al Señor Obispo; y habiendo entrado el indio á su presencia y dádole su mensaje añadió, que llevaba las señas, que le habia mandado pedir á la Señora que lo enviaba: y desplegando su manta, cayeron del regazo de ella en el suelo las rosas, y se vió en ella pintada la imágen de María Santísima, como se vé en el dia de hoy.

Admirado el Señor Obispo del prodigio de las rosas frescas, olorosas, y con rocío, como recién cortadas, siendo el tiempo más riguroso del invierno en este clima, y (lo que es más) de la santa imágen que pareció pintada en la manta, habiéndola venerado como cosa celestial, y todos los de su familia que se hallaron presentes, le desató al indio el nudo de la manta, que tenia atada al cuello, y la llevó á su oratorio; y colocada con decencia la imágen, dió las gracias á nuestro Señor y á su gloriosa Madre.

Detuvo aquel dia el Señor Obispo á Juan Diego en su palacio haciéndole agasajo; y el dia siguiente le ordenó que fuese en su compañía y le señalase el sitio en que mandaba la Virgen Santísima María que se le edificase Templo. Llegados al parage, señaló el sitio y sitios en que habia visto y hablado las cuatro veces con la Madre de Dios; y pidió licencia para ir á ver á su tío Juan Bernardino, á quien habia dejado enfermo: y habiéndola obtenido, envió el Señor Obispo algunos de su familia con él, ordenándoles, que si hallasen sano á el enfermo lo llevasen á su presencia.

QUINTA APARICION.

Viendo Juan Bernardino á su sobrino acompañado de españoles, y la honra que le hacian, cuando llegó á su casa, le preguntó la causa de aquella novedad; y habiéndole referido todo el progreso de sus mensajes al Señor Obispo, y cómo la Virgen Santísima le habia asegurado de su mejoría: y habiéndole preguntado la hora y momento en que se le habia dicho que estaba libre del accidente que padecia, afirmó Juan Bernardino, que en aquella misma hora y punto habia visto á la misma Señora, en la forma que le habia dicho; y que le habia dado entera salud; y que le dijo "como era gusto suyo que se le edificase un Templo en el lugar que su sobrino la habia visto; y asimismo que su imagen se llamase Santa MARÍA DE GUADALUPE;" no dijo la causa; y habiéndolo entendido los criados del Señor Obispo, llevaron á los dos indios á su presencia: y habiendo sido examinado acerca de su enfermedad, y el modo con que habia cobrado salud, y qué forma tenia la Señora que se la habia dado; averiguada la verdad, llevó el Señor Obispo á su palacio á los dos indios á la ciudad de México.

Ya se habia difundido por todo el lugar la fama del milagro, y acudian los vecinos de la ciudad á el palacio Episcopal á venerar la imagen. Viendo pues el concurso grande del pueblo, llevó el Señor Obispo la imagen Santa á la iglesia mayor, y la puso en el altar, donde todos la gozasen, y donde estuvo mientras se le edificó una ermita en el lugar que habia señalado el indio, en que se colocó despues con procesion y fiesta muy solemne.

LA COLEGIATA DE GUADALUPE

El nombre de GUADALUPE despierta mil sentimientos religiosos y patrióticos en el pecho de todo mexicano. La firme persuasion de que invocándole ha alcanzado México la proteccion del cielo desde los primeros años de la dominacion española; el recuerdo de que bajo sus auspicios se proclamó la libertad de la patria en Dolores el memorable año de 810, y de que durante la larga y porfiada guerra de independencia fué siempre como el santo y la seña del ejército patriota, bastarian para justificar esos sentimientos, aun cuando no estuviese tan arraigada la creencia de la milagrosa aparicion de la Virgen.

El Tepeyac, tan ingrato y desapacible á la vista, ha tenido cierta celebridad en los fastos de México desde los tiempos del gentilismo: allí adoraban los mexicanos á una divinidad madre de otros dioses (la Tonantzin,) cuya fiesta celebraban concurriendo á ella desde luengas distancias. En el mismo sitio al que los españoles llamaron "Tepeaquilla," campó el capitan Gonzalo de Sandoval, cuando Cortés, en 1521, puso cerco á México.

Poco tiempo habia corrido de la conquista, cuando empezó á ser lugar de nombre bajo el aspecto religioso. Aunque hasta ahora no ha podido averiguarse con certeza el año de la ereccion de la primera ermita que hubo á sus inme-